

BIBLIOGRAFIA

PRADO IOH, C. SS. R.—*Praelectionum Biblicarum Compendium. I.—Propedéutica.*—Editio quarta retractata (XVI-280). In 8.º m. (22 × 25 cm.). Edit. El Perpetuo Socorro, Manuel Silvela, 14, Madrid, 1943.

Más bien que Compendio es una nueva edición, como el autor lo advierte, del tomo anterior de la Propedéutica. Con ser la presente mucho más breve, aventaja, sin duda, a las ediciones precedentes. Sin detrimento de cosa de importancia, aparece con más distinción la doctrina en párrafos más cortos y mejor encadenados. Se han añadido interesantes complementos tocante a los monumentos profanos y a la bibliografía, como asimismo en lo referente a la historia de la exégesis contemporánea. El libro, magníficamente impreso en las prensas madrileñas, iguala, si no es que supera, desde el punto de vista pedagógico, a los estampados por Marietti.

Con esto queda hecho el elogio de la nueva edición de este tan conocido y acreditado manual de Propedéutica bíblica. En la página 241 no sé cómo se ha deslizado el nombre de Miguel Chislerio, acaso en vez de Martín Alfonso de Córdoba, a juzgar por las obras que le atribuye.

SANDALIO DIEGO.

ANGEL LUIS, C. SS. R.—*La Realeza de María.*—Editorial El Perpetuo Socorro, Madrid, Manuel Silvela, 14, 1942. 17,5 × 24,7, de páginas 144.

La tarea, de suyo tan enojosa, de reseñar un libro queda grandemente aligerada y aun dulcificada cuando la materia es tan sabrosa y la manera de desarrollarla tan competente como en la interesante obra del joven Redentorista P. Luis. Bastarán pocas palabras para dar exacta idea de su contenido y de sus méritos singulares.

Después de los oportunos preliminares, se divide la obra en dos partes. En la primera se estudia la Realeza de María a la luz de la divina revelación; en la segunda se propone la explicación teológica de la Realeza de María. Las acertadas subdivisiones de cada una de las dos partes contribuyen al orden y claridad. Sigue un apéndice sobre la oportunidad de una fiesta de la Realeza de María.

De la primera parte, que es la más extensa, hay que decir, en elogio de la obra y del autor, que es fruto de una amplia y minuciosa investigación personal. No contento el autor con apropiarse lo recogido por otros, tarea no muy difícil, se ha lanzado a explorar

por sí mismo el campo inmenso de la tradición cristiana; y, como era de esperar, no sin fruto. Los nuevos documentos que con esto ha aportado a la Mariología son el resultado y el galardón de su trabajo y diligencia. En ulteriores ediciones, que le deseamos, podría aún el autor extender su exploración a terrenos poco explotados, como la Patrología Oriental, donde hallaría, por ejemplo, el *Sinaxario Arabe Jacobita*, que le proporcionaría nuevos textos no despreciables. Y al recorrer la serie de los teólogos, podría mencionar, entre otros, al gran mariólogo español, tan grande como olvidado, el Card. Sanz y Forés. Y al desenvolver el testimonio del Arte cristiano, podría citar y utilizar la bellísima Pastoral del Cardenal Gomá, *La Iconografía Mariana y la Meditación universal*, quien, además, en su conferencia leída en la Asamblea Mariana de Covadonga, de 1926, trató de *María, Reina del Universo*.

A los meritos de la primera parte, más positiva, responden los de la segunda, más especulativa. Nos es grato consignar y aplaudir el gran acierto del P. Luis en dar la importancia y el relieve que se merecen a las ideas o sugerencias, que el canonico de *generales*, de San Alberto Magno y de Suarez, en cuya combinación ve él la clave del problema relativo a la Realza de María. Dice San Alberto: «Virgo... sola regni consortium obtinuit»; «quia ab eodem regno et dominio a quo Filius nomen accepit Regis, et ipsa Regnae»; «non est vicaria, sed coadiutrix et socia, particeps in regno»; «non est assumpta in ministerium a Domino, sed in consortium et adiutorium» (págs. 62, 112, 128, 130). La aplicación del principio de asociación a la realza, que es la base de todos estos textos, la expresó anteriormente Arnaldo (o Ernaldo) de Chartres en estas frases lapidarias: «Nec a dominatione vel potentia Filii Mater potest esse sociata... Et Filii gloriam cum Matre non tam communem iudico quam eandem» (págs. 58, 105). El «atisbo genial» de Suárez lo descubre el P. Luis en aquel pensamiento del Doctor Eximio, que la realza de María se ha de concebir «secundum sexum femineum... qualis esse solet in uxore vel matre propter coniunctionem ad regem» (págs. 68, 69, 70, 71, 124). A la luz de estos dos principios combinados formula el autor su explicación sobre la naturaleza de la realza Mariana. He aquí, con sus mismas palabras, los rasgos principales de esta explicación. Ante todo, establece como base, para no comprometer la unidad del Reino de Cristo, que «en vez de analizar el concepto de *rey* y proyectar después sus notas esenciales sobre María, se impone el análisis del concepto de *reina*»; dado que «el poder de la *reina* no es el poder del *rey*; son dos cosas distintas, que en cierto modo se perfeccionan y se complementan mutuamente» (pág. 128). Esta función específica de la reina consiste en que, «como partícipe que es de los sentimientos más íntimos y personales del *rey*... ella gozará de un altísimo ascendiente sobre su corazón, y en esta misma medida podrá influir en sus deliberaciones y proyectos; el bien de todo el Reino estará pendiente en gran parte de esta interferencia íntima de sus voluntades en el anhelo común de labrar la felicidad de sus súbditos... Entonces es cuando podrá ser en toda verdad la gran confidente y la gran inspiradora; y de este modo los actos del gobierno del *rey*... todo el ejercicio de sus potestades reales, irá también marcado con el sello propio de la reina. Entonces es cuando reina de verdad, juntamente con el *rey*, sin que, a pesar de ello, se confundan sus actividades en una misma función específica» (pág. 131). Precisando más, este influjo de la reina sobre el *rey* consiste en «la plegaria», y, en consecuencia, la función regia de María no es otra que su intercesión universal (pá-

ginas 131-132). Concluye el autor: «María, por lo tanto, desplegará especialmente su poder de Reina, poniendo en juego el gran resorte de su plegaria, de sus ruegos, de su intercesión omnipotente» (pág. 134).

¿Que pensar de semejante explicación? En sus elementos positivos, es decir, en lo que afirma, no ofrece la menor dificultad. Pero que esta explicación sea completa y exclusiva, es decir, que toda la realeza de María se encerre en su ascendiente sobre el Corazón del Rey, nos parece muy dudoso. Explicará el carácter femenino de la realeza Mariana, pero, a nuestro juicio, con detrimento de la misma realeza. Utiliza el «atisbo genial» de Suárez, pero no responde al pensamiento genial de San Alberto Magno y de la tradición. Con esta explicación no se concede a María verdadero dominio directo sobre los súbditos del Reino de Cristo. El mismo autor reconoce que «su acción es en cierta manera preliminar, preparatoria, de los actos del gobierno del rey» (pág. 132), pero no puede propiamente calificarse acto de gobierno. Si la teoría de De Gruyter desconoció el principio de Suárez, sus contradictores se han inclinado demasiado al extremo contrario, olvidando el principio formulado por San Alberto Magno. No nos toca ahora a nosotros completar la explicación del autor ni proponer nuestra opinión personal: no es éste el oficio del recensor. Solo añadiremos, para fundamentar nuestro dictamen, que, como Jesu-Cristo y María constituyen el único principio total de la redención, sin que esto comprometa la unidad del Redentor, así proporcionalmente puede decirse que el Hijo y la Madre constituyen el sujeto único de la única realeza, que es, en frase de Arnoldo (o Ernaudo), subrayada por el autor, no tanto común cuanto una misma realeza. Como ya ha prevalecido el nombre de *corredención*, y algunos proponen el correspondiente de *co-mediación*, podría muy bien emplearse el correlativo de *co-realeza*, usado por el Card. Gomá (*La Iconografía Mariana* . . ., IV), que expresaría admirablemente la unidad o identidad de la realeza, si bien participada por María femenina y maternalmente.

La cordial amistad con que nos distingue el amable autor nos ha permitido exponer nuestro punto de vista con franqueza acaso excesiva. De todos modos, el esfuerzo del P. Luis por resolver un problema que sólo muy recientemente ha sido planteado, no será un conato estéril para resolverlo. Su lucidez en plantearlo y el acierto en asentar los verdaderos principios de su solución han encauzado definitivamente el gran problema de la Realeza Mariana. Y éste es un gran mérito, que todos le reconocemos y agradecemos.

JOSÉ M.^a BOVER, S. I.

JUAN B. TERRIÉN, S. I.—*La Madre de Dios y Madre de los hombres, según los Santos Padres y la Teología*.—Trad. de A. G. Segunda edición, Edic. FAX, Madrid. Cuatro tomos, que suman más de 1.200 páginas. 64 pesetas.

Esta obra del P. Terrién que anunciamos al público es sumamente útil para toda clase de personas. Aun los teólogos de profesión encontrarán no pocos tesoros, tal vez desconocidos, y aprenderán a distinguir las doctrinas definidas por la Iglesia, o por lo menos indudables y ciertas de otras que no llegan a tanto. Empieza el autor por demostrar y desarrollar el dogma de la Maternidad divina de la Santísima Virgen, principio y raíz de todos los demás privile-

gios marianos. Vienen después la Inmaculada Concepción, la Asunción de Nuestra Señora a los cielos, su Maternidad espiritual, en virtud de la cual nos engendró espiritualmente a la vida de la gracia, el ejercicio actual de esta Maternidad espiritual y su oficio de Mediadora. Todo ello sacado de las fuentes de la Sagrada Escritura y de la doctrina de los Santos Padres y autorizado en puntos no definidos ni del todo ciertos con los testimonios de los más insignes teólogos y doctores.

Ciérrese la obra hablando del culto especial que se debe tributar a la Madre de Dios, y hay al fin un capítulo destinado a refutar los subterfugios de los jansenistas, que solapadamente trataron de poner cortapisas a la devoción que debemos profesar a la Santísima Virgen. Tratándose, pues, de una obra por todos conceptos tan sustanciosa, es digna de singular encomio la empresa del traductor, que en lenguaje correcto, suelto y castizo ha sabido presentarla en dos ediciones consecutivas al público que conoce y habla nuestra lengua tanto en el viejo como en el nuevo mundo. Nuestro deseo es que se vayan sucediendo sin cesar más y más ediciones, para bien de los fieles y para mayor conocimiento y amor de la Madre de Dios y Madre de todos los cristianos. Permítasenos señalar una errata de imprenta en el tomo IV, página 281, donde, hablando del jansenismo, se dice (línea 2-3): «Una herejía más disimulada, más *hipotética*», en lugar de decir «más *hipócrita*».

G. H.

JESÚS SAN MARTÍN.—*La antigua Universidad de Palencia*.—Madrid, 1942, 94 páginas.

Breve, pero seria y documentada, monografía sobre la más antigua de nuestras Universidades. Su composición y técnica delatan al especialista, Doctor en Historia Eclesiástica por la Gregoriana. Nadie entre nosotros había estudiado con tanta precisión, claridad y crítica el nacer y el morir—tan vagamente crepusculares—de la Universidad palentina; sigue, es verdad, las indicaciones del gran medievalista Enrique Denifle, O. P.; pero agrupa más orgánicamente todos los datos, completa los documentos, según los Registros Vaticanos que ha consultado, y aporta algunos nuevos, de particular interés para la diócesis de Palencia. Contra las dudas del P. Beltrán de Heredia, demuestra evidentemente que la Carta de Urbano IV en favor de la Universidad es auténtica. Da el merecido relieve a la figura de D. Tello, brazo derecho de Alfonso VIII en la fundación universitaria; pone de manifiesto que la Universidad de Palencia no fué trasladada a Salamanca ni a Valladolid, y apunta sagazmente las verdaderas causas de su desaparición. Algunas pequeñas inexactitudes hemos notado. En la página 10, extraviado por la gran autoridad de Grabmann, dice que la primera escuela que substituyó las Sentencias por la Suma Teológica fué la de Salamanca en tiempo de Vitoria; el propio Grabmann habla con más exactitud en otros pasajes; pueden verse los precursores del catedrático salmantino en R. VILLOSLADA, *La Universidad de París durante los estudios de Francisco de Vitoria*, p. 292-306. Apoyándose, al parecer, en la clásica obra de d'Irsay, expone de un modo inexacto los años de Teología que se estudiaban en París. Y nos parece falso que todo el que era revestido de la *licentia docendi* «pasaba a la categoría de profesor» (p. 11). Consta de mil maneras lo contrario. No tiene, por tanto, base la conjetura de que Santo Domingo

fuese profesor en Palencia. En la página 36 supone que son distintas la Facultad de Cánones y la Facultad de Decretos, cuando en realidad es una misma; *Magistri decretistae* se llamaban los profesores de Derecho Canónico. Por tanto, no consta que en Palencia hubiese Facultad *utriusque juris*, faltando la Facultad de Leyes o Derecho civil. De este error brota la disputa con el P. Beltrán de Heredia sobre si en París había Facultad de Derecho o no; hablaba de Derecho Canónico (*Consultissima Decretorum facultas*), mas no de Derecho civil, que estaba prohibido por Concilios y Papas a los eclesiásticos. Cuando Urbano IV aprueba los estudios de Palencia «in quacumque facultate», se debe entender exceptuando, o por lo menos prescindiendo, de la de Leyes, que esa no la solía conceder el Papa.

R. V.

LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID.—*Homenaje a San Francisco Javier en el IV Centenario de su viaje a la India, 1541-1941*. Valladolid, 1942, 160 páginas.

Organizado por el Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Valladolid, se tuvo en los primeros días de junio de 1941 un ciclo de conferencias en honor de San Francisco Javier, que ahora vemos recogidas en este libro. Todas ellas son de altura científica, cual corresponde al nombre de sus autores. La primera es del catedrático de Historia Dr. D. Manuel Ferrandis, y nos retrata a *San Francisco Javier, Símbolo español*, en el cuadro complejo de la España del quinientos. El P. Ricardo G. Villoslada, S. I., catedrático de Historia eclesiástica en la Universidad Pontificia de Salamanca, al estudiar a *San Francisco Javier en la Universidad de París*, describe el ambiente cultural y moral, las asignaturas que cursó el Santo, los libros que leyó, los maestros cuyas lecciones oyó, las influencias nominalistas, escotistas, tomistas y humanísticas que hubo de recibir. El Dr. D. Joaquín P. Villanueva escoge por tema *Las Misiones en el Imperio español*, discurrendo sobre el sentido misionero de nuestras conquistas y de nuestro Imperio. El P. Francisco F. de Castro, S. I., delegado de la Misión china de Anking, diserta sobre Javier *En la escuela de San Ignacio*, mostrando cómo San Ignacio formó al gran apóstol, cuyo programa y táctica de misionar vienen defendidos contra las acusaciones inconsistentes de Bellefleur y de Dom Leclercq. El P. Moisés Domenzáin, S. I., misionero del Japón, trata sobre *San Francisco Javier y el pueblo japonés*. El Dr. D. Amando Melón y Ruiz de Gordejuela, catedrático de Geografía, investiga *Los viajes de San Francisco Javier*. El R. P. Ramón Calvo, Provincial de los Jesuitas, nos presenta *La Compañía de Jesús, misionera*, a base de estadísticas. Cierra el libro un *Epilogo* del Excmo. Sr. D. Cayetano de Mergelina, rector de la Universidad.

A. E.

FRANCISCO MONTALBÁN, S. I.—*Los orígenes de la Reforma protestante*.—Edit. Razón y Fe, S. A., Madrid, 1942, 182-XXVI páginas.

Escasa por demás es la literatura que poseemos en España respecto de Lutero y del Protestantismo en general. Aquellos de nuestros compatriotas que se acercaron a ese gran fenómeno que se da

a sí mismo el nombre de Reforma protestante lo han hecho con espíritu polémico o filosófico, no precisamente con ánimo histórico. Y era necesario que también España dijera su palabra en el campo de la historia acerca de aquel trascendental acontecimiento y de sus autores, porque Lutero y el luteranismo, con las demás sectas que le siguen o acompañan, tocan a la médula de la historia española en su momento más vital y decisivo.

Al formular su juicio sobre el Protestantismo rebelde y separatista, el moderno historiador P. Montalbán ha coincidido con el juicio de la Contrarreforma española. Ya en otra ocasión hemos manifestado nuestro deseo de que se escriba por fin una historia de la Iglesia con mente española, en contraposición a tantas como se escriben con mente francesa, o germánica, o racionalista, o abstracta y anodina. Aun desde el punto de vista natural, tendrá la ventaja de abrir una nueva perspectiva no despreciable para la visión integral y de conjunto. Y sobre todo tenemos la persuasión de que el criterio auténticamente español de la historia será por esencia católico y romano, sobrenatural y teológico.

En la obra que reseñamos podemos ver un capítulo, y no de los menos importantes. Sin vanos alardes de imparcialidad, sin miramientos meticulosos, atento solamente a la Verdad y a la Justicia, que constituyen la norma suprema de la Objetividad histórica, el P. Montalbán, en un estilo claro y preciso, desnudo de subjetivismos, aunque en tal cual ocasión apunte la pluma del controversista, manifiesta sin rebozos desde las primeras líneas su actitud contrarreformista y española, refrendada por los documentos históricos. «Lutero significa una revolución más que una Reforma; significa la negación de la antigua Iglesia y la creación de otra nueva.» Así se abre el capítulo primero. Y en la conclusión del libro leemos: «Quién desde fuera sigue paso a paso a Lutero en su obra gigantesca y pondera sus escritos... desde luego saca la consecuencia de que *Lutero no tiene la talla psicológica y moral de un Enviado de Dios y de un Reformador*... Un soberbio, un apasionado, un anormal; ésta es la idea que concibe un espectador extraño ante la obra y los escritos de Lutero... No se comprende cómo puedan seguir siendo protestantes los que han manejado los *Documentos Históricos de la Reforma protestante*... Es una locura substituir el único medio de salud que nos legó Cristo hasta la consumación de los siglos por una invención humana». Muy oportunamente ha aparecido esta obra del P. Montalbán en nuestra patria, después de la traducción del «*Lutero*» de Funck-Brentano. Montalbán es un historiador teólogo, armado con las mejores armas de la documentación y de la crítica; su fuerte está en el análisis de las doctrinas luteranas y en la solidez y método de sus bases documentales. Funck-Brentano no pasa de ser un literato que se vale de la historia para trazar cuadros pintorescos y semblanzas psicológicas, sacrificando la verdad histórica en aras de un subjetivismo poético, del que sale aureolada la figura de aquel hereje que fué el gran enemigo de España, por serlo de Roma y de la Cristiandad. Tal vez el empeño de ser conciso y breve forzó al P. Montalbán a dejar en la sombra ciertos pormenores interesantes, descripciones menudas, presentación de personajes y otros arcos literarios, que al dar mayor amenidad a la narración hubieran quitado al libro un aire de sequedad esquemática que se le nota. Con todo, gracias a su claridad de ideas y al realismo de los hechos, se aferra pronto a sus páginas la atención del más distraído lector. En la Introducción vemos con satisfacción una discreta reseña de las fuentes históricas y de la literatura concerniente al

asunto: ediciones de las obras de Lutero y principales biografías, así católicas como protestantes, del Reformador. Se ve claro que Denifle y Grisar son los que más elementos le han proporcionado. El temperamento de Montalbán tiene más afinidades con el del tirolés Denifle que con el del renano Grisar. Dijimos arriba que es muy escasa la bibliografía española sobre Lutero y el luteranismo. Nada tiene de extraño. Ignoramos si en toda España existen las obras completas de Lutero, que sirvan de base a un estudio serio y científico. Lo cierto es que el P. Montalbán, para consultar la monumental edición de Weimar, tuvo que salir al extranjero. Varias reproducciones fotográficas de interesantes documentos luteranos avvaloran el libro, que es el número 2 en la Sección Histórica de la «Biblioteca Onicense».

R. G.-V.

EUSTAQUIO GUERRERO, S. J.—*Disciplina social y Obediencia cristiana*. «Ediciones FAX». Plaza de Santo Domingo, 13. Apartado 8 001, Madrid.—20 × 14; 164 páginas. Precio, 9 pesetas.

Es la obra de un español que siente el momento que vivimos y que, a la luz de la filosofía y del dogma, considera seriamente varios temas vitales de esos que andan hoy en las conversaciones y escritos de todo español instruido, pero sobre los que muy pocos piensan en serio.

Sumisión a la autoridad; respecto de ésta, en sus preceptos, a los derechos inalienables de la persona; cuestión actualísima del Estado y la enseñanza: sus derechos, sus usurpaciones. Temas como éstos, con aplicaciones certeras de la doctrina al pueblo español, demuestran la actualidad e interés de esta obra, en la que campea la penetración en llegar a la raíz de las objeciones y el vigor y solidez objetiva en razonar la verdad.

Es obra que debe ser atentamente leída y estudiada por cuantos se preocupan del progreso espiritual de nuestra Patria.

Nos hubiera agradado verla ilustrada con mayor número de datos históricos, que, además de confirmar la doctrina, contribuirían a dar aménidad a la exposición y más gracia y viveza al estilo. La expresión dedicada en la página 29 a «unas cuantas frases de los documentos pontificios» no nos parece feliz.

JESÚS MUÑOZ, S. J.

Contributi del Laboratorio di Psicologia, Serie Ottava.—Pubblicazioni dell'Università Cattolica del S. Cuore. Serie sexta. Scienze Biologiche. vol. XI.—Milano. Società Editrice «Vita e Pensiero», MCMXL-XVIII, pp. VIII-1538.

En este volumen se reúnen los trabajos publicados en diversas revistas durante los cursos 1938-1940. Los autores son el P. Gemelli y sus colaboradores del Laboratorio de Psicología. Del interés del presente volumen darán idea los títulos de los trabajos del P. Gemelli que en él se contienen. «Lo studio della personalità umana», pp. 73-84. «Les méthodes de diagnostic du caractere», pp. 85-96. «E possibile una selezione psicotecnica del chirurgo?», pp. 495-508.

* * *

Contributi del Laboratorio di Psicologia, Serie Nona.—Publicazioni dell'Università Cattolica del S. Cuore, Serie sexta, Scienze Biologiche, vol. XII.—Milano, Società Editrice «Vita e Pensiero», MCMXLI-XIX, pp. 416.

En este volumen se reúnen también los trabajos de laboratorio publicados por el P. Gemelli y sus colaboradores en diversas revistas durante el año académico 1940-1941. Son dignos de especial mención los trabajos siguientes: «La psicología e l'uomo», de G. Zunini, quien estudia las diferentes concepciones y orientaciones modernas de la psicología, pp. 1-24. «Ricerche sul sentimento religioso di adolescenti», de G. Castiglioni, quien estudia cómo se revela y cómo se hace valer el sentimiento religioso y la idea de Dios en los jóvenes, cuando se los pone en ocasión de manifestarlo por medio de temas oportunos de composición, pp. 25-90. «Lo studio del reato come mezzo di indagine nella valutazione del delinquente», del P. Gemelli, en donde se demuestra que para estudiar debidamente el hecho de la responsabilidad no basta la mera narración histórica del hecho delictivo, ni los principios sacados de la endocrinología, o de la biología, o del positivismo jurídico, o del determinismo, sino que se ha de acudir a los principios comprobados por la psicología, según los cuales el hombre tiene libertad, y en medio del juego de todos los motivos y malas inclinaciones, conserva pleno dominio de sí mismo y puede evitar el delito y obrar rectamente, con tal de que no pierda el uso de la razón, pp. 377-416.

* * *

GIULIO CASTIGLIONI.—*Saggio di analisi delle attitudini e tendenze di scolari mediante reattivi ai fini dell'orientamento professionale.*—Contributi del Laboratorio di Psicologia, Serie undécima.—Publicazioni dell'Università Cattolica del S. Cuore, Serie sexta, Scienze Biologiche, vol. XIV.—Milano, Società Editrice «Vita e Pensiero», MCMXLIII-XXI, pp. XV-195.

Decisiva es la parte que el instituto psicotécnico, con sus métodos, toma en la orientación profesional, cuando se trata de seleccionar hombres aptos para determinados oficios. Otra cosa hay que decir cuando se trata de aconsejar a un joven la profesión que será la más adecuada a su persona. La rectitud de este consejo no depende solamente del rendimiento de las facultades intelectuales, sino que se han de tener en cuenta principalmente las tendencias de la persona, sus sentimientos, sus ideales, la categorización de los valores, su constancia; en una palabra, el carácter. El conjunto de todos estos datos solamente los puede suministrar la familia, el interesado y, sobre todo, la escuela, o sea los maestros que toman parte en la instrucción y en la educación del alumno.

Mas ¿cómo podrán los maestros alcanzar perfecto conocimiento del carácter de sus alumnos? Ya se entiende que un medio eficazísimo es la observación atenta y asidua de la conducta y rendimiento de sus alumnos, así en las lecciones como en todas las manifestaciones de la vida. Pero si se quiere obtener datos que en cierta manera se puedan someter al cálculo y que sean comparables entre sí, un medio muy a propósito es el ejercicio de composición sobre temas bien elegidos. Se les prelee una sola vez un trozo literario profundo y sentido, y se les exige unas veces que reproduzcan exactamente su

contenido; otras veces, que hagan sobre el tema un comentario por su cuenta. Un examen perspicaz y detenido de las composiciones nos revelara los datos que buscábamos.

El autor nos da en este libro los resultados que él ha obtenido por este medio, y nos los presenta con gran lujo de gráficos y de tablas estadísticas, como es de rigor.

J. HELLÍN, S. J.

QUINTÍN PÉREZ, S. I.—*Nietzsche. Por la concepción y nacimiento al estudio de la obra. El pensador y el poeta.*—Cádiz 1943, 324 páginas.

No hace mucho el P. Joaquín Iriarte, S. I., en un brillante estudio, imparcial y objetivo, se atrevió a enfrentarse con el «maestro» de los llamados intelectuales españoles—D. José Ortega y Gasset—, y al tomarle las medidas filosóficas, le halló corto de estatura para hombreadse con los gigantes de la metafísica: un mago de la palabra, un prodigioso culturista, pero no un filósofo. Nos hacía falta un libro semejante sobre Unamuno, un libro de crítica serena, ponderada, sin apasionamientos, escrito no por un diletante, sino por un serio conocedor de la filosofía moderna y eterna, que coloque al ídolo en el nicho que le corresponde.

Sabido es que la generación del 98 tuvo por ídolo y maestro a Federico Nietzsche. Toda generación literaria o filosófica tiene un caudillo que le da su orientación y su espíritu; al surgir en España la del 98 miró a su alrededor buscando quien la acaudillase; entre la mediocridad circundante sólo vió a un coloso capaz de ser el conductor e inspirador de la juventud española, pero se llamaba Marcelino Menéndez y Pelayo y estaba anclado en la tradición católica de nuestra patria. Los llamados intelectuales apartaron de él sus ojos y los volvieron hacia un pensador extranjero, hacia un poeta enfermo, en cuya razón, desde diciembre de 1888, se adensaba una noche tenebrosa y definitiva. Estudiar la personalidad y la obra de este «maestro» ha sido la tarea, espinosa y difícil, del P. Quintín Pérez. Largos años de permanencia en Alemania, familiarizándose con la lengua, las ideas y la literatura nietzscheana, le han capacitado para darnos esta síntesis—que tiene mucho de análisis—del pensamiento de Nietzsche en sus rasgos más característicos. Enjundiosa y fundamental es la *Bibliografía* de las páginas 15-18, con valiosas indicaciones críticas. Y más que la erudición bibliográfica, la holgura y libertad con que se mueve en el mundo social e ideológico de su héroe, dan impresión de absoluto dominio de la materia.

Estudia al autor más que sus obras, o mejor, estudia las obras mismas en la cabeza del autor, mientras están *in fieri*, en su concepción, gestación y alumbramiento, valiéndose de la correspondencia epistolar de Nietzsche con sus amigos y de varios escritos autobiográficos. Desde *El nacimiento de la tragedia* (donde ya aparecen los rasgos típicos de Nietzsche, la comprensión del fenómeno *dionisiaco* entre los griegos, en oposición al *apolíneo*, la interpretación del socratismo como decadencia, la glorificación del instinto contra la racionalidad, el papel privilegiado de la música, la radical condenación de la moral cristiana, etc.) hasta *Así habló Zaratustra*, la obra cumbre, la *epopeya del profeta*, asistimos al proceso evolutivo de las ideas en los principales libros que va publicando—si es que

se da en ellas verdadera evolución y no son variaciones maniáticas sobre un mismo tema—.

Tal vez en la controversia con Wilamowitz y en algún otro punto haga el P. Quintín Pérez jugar a Nietzsche un papel demasiado desfavorable, descubriendo con ello cierto prejuicio y apasionamiento, que perjudica a la propia tesis que quiere defender.

Los que sólo conozcan de Nietzsche su idea del superhombre, su *Voluntad de dominio*, su concepto de la moral, «más allá del bien y del mal», difícilmente se persuadirán de su carácter tímido, que se ruborizaba ante las mujeres; carácter débil, sin decisión, que pondera y magnifica aquello mismo que le falta: la fuerza, la violencia, la voluntad. Es un niño, con rasgos de ingenuidad y piedad, y echa bravatas feroces, predicando la inmisericordia y añorando la barbarie. Se siente un superhombre, cuando a veces más parece un subhombre, enfermo y loco. ¡Con qué ceguera se revuelve contra la luz que viene del Calvario! Es un niño blasfemo, que inspira compasión. ¿Y éste es el maestro y guía de las nuevas generaciones? Nietzsche no era de raza germánica; corría por sus venas sangre eslava de Polonia; aborrecía la cultura alemana y todo lo nórdico; espiritualmente era un perfecto afrancesado (los moralistas franceses Montaigne, La Rochefoucauld, Voltaire eran sus favoritos); y encima de todo sentía entusiasmo por lo semita. Y a un hombre así, de mente débil, enferma, cansada, impotente para toda construcción sistemática y ensamblamiento de ideas, nos le quieren presentar como el filósofo del nuevo movimiento.

Padado en su niñez hasta los catorce años, modernista en Bona, mientras oye a Ritschl, siente que todo el edificio espiritual se le derrumbó a los veintidós años; la lectura de Schopenhauer le infiltró su negro pesimismo en Leinizig, perdiendo todo su cristianismo y aun la fe en la Razón; la filosofía de Kant le sume en el más escéptico agnosticismo. Obtiene una cátedra de filología griega en Basilea. Vive aislado en un círculo de hielo religioso. Asiste a las clases de Jacobo Burckhardt, que modela su espíritu con sus ideas sobre el pesimismo de los griegos, el arte separado de la religión, decadencia o derrumbe de la civilización clásica por culpa del Cristianismo, concepto de renacimiento. La amistad de Burckhardt le halagó mucho, como la de Hipólito Taine; los admiraba, y ellos le leían y tenían para él palabras de afecto. Más íntima fué su amistad con Rohde, «su querido hermano en Dionisio y mistagogo», y durante algunos años con Ricardo Wágner. Igual que un semidiós apareció Wágner ante los ojos deslumbrados de Nietzsche, quien se entregó a él con ardor idolátrico, viendo encarnados todos sus ideales en aquel genio poderoso y revolucionario. Pero así como se desprendió de Schopenhauer al dar un adiós a la metafísica, así, al renunciar a la religión y al arte, se marcó una grieta cada vez más ancha en las relaciones amistosas con Wágner, grieta que produjo un estrepitoso rompimiento cuando la evolución germánica y cristiana del gran músico llegó a la creación religiosa del *Parsifal*. Nietzsche, en cambio, había ido evolucionando en dirección omesta, influido por Rée y Stirner, hasta caer en el más crudo positivismo, en un odio instintivo a todo lo que tuviera visos de católico, en no sé qué amoralismo de superhombre que no reconocía más norma que un principio biológico, y, en fin, en una rebeldía maniática contra todo lo legal, lo admitido, lo sagrado, no tolerando siquiera el trato con otras personas y escritores que con los antinómicos, ateos, inmorales.

Hay cosas en Nietzsche que recuerdan a nuestro Unamuno. Bien

podría firmar éste la carta de aquél a su hermana en 1865: «Sólo la fe santifica, no la realidad de lo que tras ella puede haber». Y a Rohde: «Quiero, a su tiempo, manifestarme lo más de veras y sinceramente posible». Común a ambos es el ansia impaciente de estar en labios de todos. Muy unánimes es este dicho de Nietzsche: «El gran mal del hombre es ser rebaño, y los más de los hombres son rebaño por miedo a extraviarse y más por miedo a molestar, por comodidad». Tanto el uno como el otro predicán contra la ciencia pura y la erudición. Los dos hacen alarde de una sinceridad desnuda, cínica, propia a veces de un niño o de un loco, pero dentro de una insinceridad radical para buscar seriamente la verdad objetiva, como apunta muy justamente el P. Quintín Pérez. Ambos coinciden en su formación filológica, en su apreciación vitalista de la filosofía y del mundo, en su individualismo sin freno. Ambos son grandes poetas, y aquí es donde radica su fuerza y su seducción. El estilo de Nietzsche es danza, poesía y música. Su obra de pensador es esencialmente fragmentaria, sin vigor mental para la contextura orgánica ni para un discurrir lógico y prolongado; de ahí su predilección por el aforismo y el ensayo. Podemos generalizar lo que de «Humano, demasiado humano», escribe el P. Quintín Pérez: «Como obra de pensador, tal vez está herida en la médula por enfermedad mental, de seguro fisiológicamente turbada por cansancio del cerebro y de la vista; recogida a treguas, pensada de camino, esporádicamente cuajada». «Entre los pensamientos los hay felices, cuando sorprende su interior, y del exterior, cuando la imaginación no la recibe en zonas heridas, como la de los centros filosóficos, religiosos y morales» (p. 176, 177). Y qué de particular. Si era un enfermo constante, con frecuentes ataques, vómitos, cargazón de cabeza, insomnios, anublación de la vista, desequilibrio de facultades, necesidad ambulatoria (más de seis horas diarias de paseo, cuando no estaba de viaje). En medio del camino de su vida, a los cuarenta y cuatro años de edad, la completa locura cayó sobre su espíritu como una noche cerrada.

Gran escritor se muestra siempre el P. Quintín Pérez; sin embargo, el estilo de estas páginas, por el afán de ser denso y conciso y por las continuas interrupciones producidas por las citas textuales, resulta algo difícil, poco fluido y no siempre transparente. Tantas frases entrecuajadas, con comillas entre comillas, llegan a perturbar al lector, que a veces ignora quién es el que habla. Esperamos con avidez el nuevo libro que nos anuncia sobre Nietzsche el filósofo.

R. V.

RAOUL DE GUCHTENEERE.—*La limitación de la natalidad (Birth Control)*.—3.ª edición española. Ediciones FAX. Madrid, 1942. 10 pesetas.

Para nadie es un secreto que las doctrinas neomalthusianas han penetrado profundamente en la sociedad europea y americana. España, menos infectada tal vez, no está del todo libre de este virus corruptor de la moral familiar, inyectado hasta en los últimos rincones por medio de la radio, del cine, de la Prensa, hasta de la conversación callejera.

Por eso hacen falta reactivos poderosos contra el mal inquietante; libros y propaganda, muchos libros y mucha propaganda para contrarrestar el influjo de la banda opuesta; muchos libros y mu-

cha propaganda para formar bien a los católicos en los principios de la moral familiar; muchos libros y mucha propaganda que abordan el problema en toda su complejidad y en sus múltiples aspectos: eugénico, social, religioso. Para ello tienen que aunar su acción el médico, el sociólogo y el sacerdote, cada cual en su terreno, a fin de granjearse mayor crédito, pero sin desconocer el de los demás.

El libro que sobre este asunto aparece en su tercera edición española lo escribió un médico de acreditada competencia. En el paoroso problema de la natalidad analiza los aspectos y argumentos que más se exaltan en los países anglosajones en pro de la teoría del *Birth Control*, incluso a título de buena moral: «La limitación de nacimientos, dicen, tiene por efecto aumentar la salud y dignidad de la mujer; corroborar los lazos conyugales al suprimir las dificultades que traen consigo los repetidos embarazos; disminuye la proporción de abortos, adulterios y demás formas de indisciplina sexual; en una palabra, constituye un factor de gran valía para el mejoramiento del individuo y de la sociedad. Por lo tanto, es una práctica que la moral recomienda» (págs. 144-5).

Guchteneere bosqueja, en primer lugar, en sendos capítulos el desarrollo histórico del malthusianismo y su rápida degeneración en el neomalthusianismo y *Birth Control*. A continuación va examinando ordenadamente los cuatro argumentos principales que se invocan en su amparo: económico, eugénico, médico, moral.

Y cuando, puestos al descubierto, los ha desacreditado a la luz de los hechos y datos de experiencia, consciente de que «los argumentos que interesan a la razón y bastan para fundamentar una convicción científica pueden no mover lo más mínimo la voluntad», acude a la religión, como a la única fuerza capaz de domar el libre albedrío de los hombres, y concluye con bellas páginas sobre la concepción católica de la natalidad.

Son muchas las falacias de aspecto científico con las que pretenden respaldarse los neomalthusianistas, contra las cuales ni el sacerdote, ni siquiera el sociólogo serían del todo competentes; y aunque lo fueran, se harían sospechosos de partidismo preconcebido. Guchteneere, con el prestigio del especialista en la materia y la libertad para hablar sin el embarazo del apologista de profesión, ha hecho un inmenso servicio a la moral familiar, juntando con la preparación profesional una formación especulativa muy sólida y un espíritu de síntesis que le permite plantear y resolver en su conjunto el multiforme problema.

Libros como el que presentamos al público son siempre bien venidos y acreditan de buen gusto y buen celo a las editoriales. Ojalá que llegue a todos los rincones, para deshacer prejuicios con sus datos escrupulosos e imparciales y para rectificar opiniones, acomodándolas al criterio tan recto y ponderado del Dr. Guchteneere.

En ediciones ulteriores sería de desear que el traductor aportara algunas estadísticas de España, junto a las de Francia, Alemania, países anglosajones y demás que conoce mejor y cita con más abundancia el autor.

M. Z.